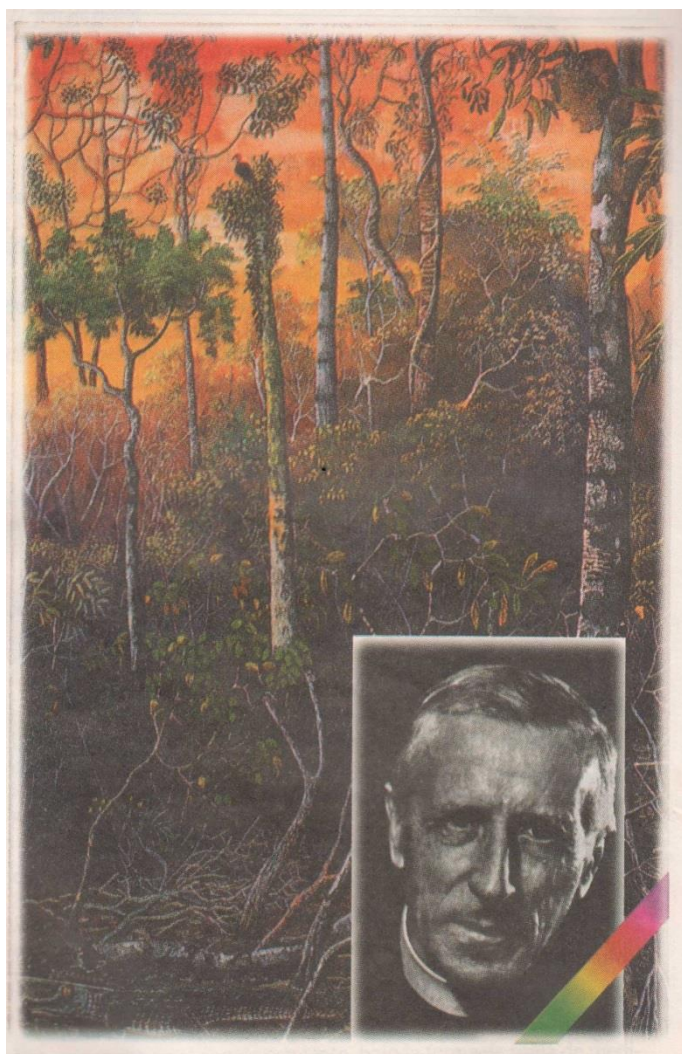




"Paisaje de Selva Amazónica".

Pierre Teilhard de Chardin

HIMNO AL UNIVERSO*

Pierre Teilhard de Chardin

Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955), jesuita francés, fue a la vez un científico y un místico que influyó profundamente en la filosofía de este siglo. Geólogo, paleontólogo, explorador encargado de misiones en Asia, descubrió en China en 1921 el sinantropus. Manteniendo en semi silencio por la iglesia Católica, su obra conoció una gran fortuna luego de su muerte porque sumaba "la inteligencia de un gran sabio y el alma de un sacerdote inspirado". Promovió y anticipó el acceso a una conciencia nueva de evolución humana fomentando una síntesis entre las aspiraciones de la razón y las esperanzas de la fe. El poeta y ex presidente senegalés Léopold Sédar Senghor dijo que permitió a muchos "transcender la antinomia del materialismo y del espiritualismo... haciendo entrever, en lo más profundo de la materia, la energía, que informa la materia y da vida, permitiendo así el florecimiento del espíritu"

RESUMEN: Con su voz poética, Teilhard de Chardin nos revela varias visiones inducidas por su pasión mística y su intensa contemplación de la materia, de la energía en la materia y de la ascensión del «fenómeno humano». Aludiendo a un cuento místico de R.H. Benson, nos narra en tres historias visionarias las vivencias, durante la primera guerra mundial, de un amigo íntimo que no es más que él mismo. Luego, se inspira en el arrebatado de Elías al cielo para revelar en un soplo profético su percepción de la potencia espiritual de la materia. Traducido del francés por Takiwasi, extraído de las obras del autor.

* Traducido del francés por Takiwasi, extraído de las obras del autor

Mi amigo murió, el que bebía toda vida como de una fuente santa. Su corazón le ardía adentro. Su cuerpo desapareció en la Tierra, delante de Verdun. Puedo, ahora, repetir algunas de sus palabras, mediante las cuales, una noche, me inició a la visión intensa que iluminaba y pacificaba su vida.

«¿Quiere usted saber-me decía- cómo el Universo potente y múltiple tomó, para mí, la figura de Cristo? Ello se dio poco a poco; e intuiciones tan renovadoras como éstas se analizan difícilmente mediante el lenguaje. Puedo sin embargo contarle algunas de las experiencias por donde el día, desde encima, entró en mi alma, como si, por sacudidas, se levantara un telón...»

El cuadro

«...En este momento -comenzó- tenía la mente ocupada por una cuestión mitad filosófica, mitad estética. Supongamos, pensaba, que Cristo se dignase aparecer aquí, delante de mí, corporalmente? ¿Cuál sería su aspecto? ¿Cuál sería su vestidura? ¿Cuál sería, más que todo, su manera de insertarse sensiblemente dentro de la Materia, su manera de destacar sobre los objetos del entorno?... Y algo me apenaba y me chocaba, confusamente, con la idea de que el cuerpo de Cristo pudiese yuxtaponerse, en el entorno del Mundo, con la multitud de cuerpos inferiores sin que esos sintiesen y reconociesen, por alguna alteración perceptible, la intensidad que los flanqueaba.

Sin embargo, mi mirada se detuvo mecánicamente sobre un cuadro representando a Cristo, con su corazón ofertado a los hombres. Este cuadro colgaba, delante de mí, sobre la pared de la iglesia adonde acababa de entrar para rezar. Y, siguiendo el curso de mi pensamiento, .no sabía cómo sería posible a un artista representar la Humanidad Santa de Jesús, sin dejarle esta fijeza demasiada precisa de su Cuerpo que parecía aislarlo de todos los demás hombres, sin darle esta expresión demasiado individual de su rostro, que, suponiendo que fuese bella, lo hubiera sido de una manera particular, excluyendo todas las otras bellezas...

Entonces, reflexionaba curiosamente sobre estas cosas y miraba el cuadro cuando la visión empezó.

(A decir verdad, no sabría precisar cuándo empezó; ya que tenía cierta intensidad cuando tomé conciencia de ella...)

De todas maneras, dejando mi mirada vagar sobre los contornos de la imagen, me di cuenta de repente que se derretían: Se derretían, pero de una manera particular, difícil de expresar. Cuando intentaba ver el trazo de la Persona de Cristo, me aparecía nítidamente delimitado. Luego, si dejaba mi esfuerzo de visión relajarse, toda la franja de Cristo, los pliegues de su ropa, la irradiación de su cabellera, la flor de su carne, pasaban por así decirlo (aunque sin desvanecerse) dentro de todo el resto... Pareciera que la superficie de separación entre Cristo y el medio ambiente mudaba en una capa vibrante donde todos los límites se confundían.

Me parece que la transformación debió en un principio afectar sólo un punto, sobre el borde del retrato; y desde allí, fue ganando todo el contorno. Es por lo menos según este orden que tomé conciencia de ello. Desde este momento, además, la metamorfosis se extendió rápidamente, y alcanzó todas las cosas.

En primer lugar, me di cuenta que la atmósfera vibrante que aureolaba Cristo no estaba reducida a una pequeña capa alrededor de Él, sino que irradiaba hacia el infinito. Ahí asaba, de vez en cuando, como estelas de fosforescencia, revelando un brote continuo hasta las esferas extremas de la Materia, dibujando una especie de plexo sanguíneo o de red nerviosa recorriendo todo lo Vivo.

¡El Universo entero vibraba y sin embargo, cuando intentaba mirar los objetos uno por uno, los encontraba siempre dibujados con la misma nitidez en su preservada individualidad.

Todo este movimiento parecía emanar de Cristo, de su Corazón más que todo. Fue cuando intentaba remontar a la fuente del flujo y coger su ritmo que, mi atención volviendo al retrato mismo, vi la visión subir rápidamente a su paroxismo.

...Me doy cuenta de que olvidé hablarle de la ropa de Cristo. Era luminosa, así como se lee en el texto de la Transfiguración. Pero, lo que más me llamó la atención, fue notar que no era artificialmente tejida, a menos que la mano de los ángeles sea la de la Naturaleza. No eran fibras gruesamente hiladas que componían la trama... Sino que la materia, una flor de la materia, se había trenzado espontáneamente por sí misma, hasta lo más íntimo de su sustancia, como un lino maravilloso. Y creía ver, indefinidamente, correr las mallas, armoniosamente combinadas en un dibujo natural que les afectaba hasta lo más profundo de sí mismas.

Pero, para esta ropa maravillosamente tejida mediante la cooperación continua de todas las energías y de todos los órdenes de la

materia, tuve, como lo comprenderá, solo una mirada distraída.

Es el Rostro transfigurado del Maestro que atraía y cautivaba toda mi atención.

Habrà visto muchas veces, en la noche, algunas estrellas cambiar su luz, a veces perlas de sangre, otras veces violetas chispas de terciopelo. Habrà visto, también, correr los tintes sobre una burbuja transparente...

Así, en un viso tornasolado indecible, brillaban sobre la inmutable fisonomía de Jesús, las luces de todas nuestras bellezas. No sabría decir si era según mis deseos o según el agrado de Quien regulaba y conocía mis deseos. Lo cierto es que esos innumerables matices de majestad, de suavidad, se transformaban, se fundían los unos en los otros, según una armonía que me saciaba plenamente... i

Y siempre, tras de esta superficie en movimiento, soportándola, concentrándola también en una unidad superior, flotaba la incommunicable belleza de Cristo... Aunque esta belleza la adivinaba más que la percibía, ya que, cada vez que intentaba franquear la capa de las bellezas inferiores que me la tapaban, otras bellezas particulares y fragmentarias se elevaban y me velaban la Verdadera, haciéndome al mismo tiempo preverla y desearla.

Todo el rostro irradiaba así, según esta ley. Pero el centro de la irradiación y el viso tornasolado se escondían en los ojos del retrato transfigurado...

Sobre la profundidad suntuosa de esos ojos pasaba, en tintes irisados, el reflejo la menos que fuese la forma creadora, la Idea) de todo lo que encanta, de todo lo que vive... Y la sencillez luminosa de su fuego se resolvía, bajo mi esfuerzo para dominarla, en una inexhaustible complejidad, dentro de la cual se reunían todas las miradas donde jamás se haya calentado y mirado un corazón humano. Esos ojos, por ejemplo, tan suaves y tiernos que en un inicio me hacían creer tener a mi madre delante de mí, se volvían, al instante siguiente, apasionados y subyugantes como los de una mujer -tan imperiosamente puros- y al mismo tiempo, que, bajo su dominio, el sentimiento hubiera sido incapaz de perderse. Y luego, una gran y viril majestad los llenaba a su vez, similar a la que se lee en los ojos de un hombre muy valiente, muy refinado, o muy fuerte, sin embargo incomparablemente más altiva y más deliciosamente soportada.

Este destello de bellezas era tan total, tan envolvente, tan veloz también, que mi ser, alcanzado y penetrado en todas sus poten-

cialidades a la vez, vibraba hasta el meollo de sí mismo, en una nota de lentitud y de felicidad rigurosamente única.

Entonces, mientras hundía ardientemente mi mirada en la nina de los ojos de Cristo, transformada en un abismo de vida fascinante y ardiente, ahí es que, del fondo mismo de esos ojos, vi subir como una nube, que difuminaba y dispersaba la variedad que acabo de describirle. Una expresión extraordinaria e intensa se extendía poco a poco sobre los diversos matices de la mirada divina, impregnándolos primeramente, luego absorbiéndolos...

Y me quedaba confundido.

Pues esta expresión final, que había dominado todo, yo no podía descifrarla. Me era imposible decir si denotaba una indecible agonía o ¡un exceso de alegría triunfante! Sólo sé que, desde entonces, en la mirada de un soldado 'muriendo me parece haberla entrevisto de nuevo.

Instantáneamente, mis ojos se nublaron de lágrimas. Pero cuando pude mirar de nuevo, el cuadro de Cristo, en la iglesia, había retomado su contorno demasiado preciso y sus rasgos fijos.»

El ostensorio

Habiendo terminado este relato, mi amigo se quedó algunos momentos silencioso y pensativo, las manos juntas sobre sus rodillas cruzadas, en una actitud que le era familiar. La luz del día decaía. Apreté un interruptor y la luz estalló en la lámpara, muy hermosa, que alumbraba mi oficina. El pie y la pantalla de esta lámpara eran de un vidrio diáfano, color de laminaria, y los focos estaban ahí tan ingeniosamente encerrados que la masa entera del cristal, y los sujetos que la adornaban, se encontraban interiormente iluminados.

Mi amigo se estremeció. Yo observaba que su mirada persistía fijada sobre la lámpara, como para sacar sus recuerdos, mientras que retomaba, como sigue, la serie de sus confidencias.

«Otra vez -era también en una iglesia- acababa de arrodillarme delante del Santísimo, expuesto sobre el altar, en una custodia, cuando experimente una impresión muy curiosa.

¿Habrà notado seguramente, no es cierto, la ilusión óptica que hace en apariencia dilatarse y engrandecerse una mancha clara sobre un fondo negro? Mirando a la hostia cuya forma blanca contrastaba, a pesar de la iluminación del altar, con la obscuridad del coro, sentía algo similar (por lo menos al comienzo; ya que

luego, lo verá, el fenómeno tomó una amplitud de la cual ninguna analogía física puede dar una idea...).

Tuve entonces, mirando fijamente a la hostia, la impresión de que su superficie iba explayándose, como una mancha de aceite, pero más velozmente y más luminosamente, por supuesto. Al inicio, era el único, creía, en percatarme del cambio; y me parecía que el progreso se hacía sin despertar ningún deseo, ni encontrar ningún obstáculo.

Pero, poco a poco, a medida que la esfera blanca crecía en el espacio hasta volverse próxima a mí, escuché un murmullo, un zumbido incontable -como cuando la marea creciente extiende su lámina de-plata sobre el mundo de las algas que se dilata y se estremece en su proximidad, O como crepita el brezal cuando el fuego avanza en la landa...

Así, en medio de un gran suspiro, que hacía pensar en un despertar y en un gemido, el flujo de blancura me envolvía, me superaba, lo invadía todo. Y cada cosa, sumergida en él, conservaba su figura propia, su movimiento autónomo: porque la blancura no borraba los rasgos de nada, no alteraba ninguna naturaleza, sino penetraba los objetos en su genuina intimidad, más profunda que su vida misma. Era como si una claridad lechosa iluminara el Universo desde adentro. Todo parecía formado de una misma especie de carne translúcida.

...Mire: hace un instante, cuando prendió su lámpara, y su materia oscura se volvió clara y fluorescente, pensé en el Mundo tal como me apareció entonces. Y es esta misma asociación de imágenes lo que me dio la idea de decirle lo que le cuento en este momento.

Entonces, mediante la expansión misteriosa de la hostia, el Mundo se volvió incandescente, similar en su totalidad a una gran Hostia. Y pareciese que bajo la influencia de la luz interior que lo penetraba, sus fibras se extendieran hasta romperse, sus energías tendidas al extremo. Y creía ya que el Cosmos había, en esta extensión de sus actividades, alcanzado su plenitud, cuando noté un trabajo mucho más fundamental que se ejecutaba en él.

De rato en rato, gotas centelleantes de puro metal se formaban en la superficie interior de los seres, y caían en el fuego de la luz profunda, donde se perdían; y al mismo tiempo, un poco de escoria se volatilizaba. Una transformación proseguía en el campo del amor, dilatando, purificando, captando toda la potencia de amar contenida en el Universo.

De ello me podía dar más evidentemente cuenta ya que su virtud operaba tanto en mí como en el resto: ¡la luz blanca era activa! ¡el resplandor consumía todas las cosas por dentro! Se había insinuado, por las vías de la Materia, hasta lo íntimo de los corazones, y los había dilatado hasta romperlos, sólo para reabsorber en sí mismo la substancia de sus afectos y de sus pasiones. Y ahora que había mordido en ellos, reunía invenciblemente, hacia su centro, sus capas, cargadas de la más pura miel de todos los amores.

Efectivamente, luego de haberlo vivificado todo, depurado todo, la Hostia inmensa, ahora, se contraía lentamente; y los tesoros _ que recogía en sí se juntaban deliciosamente en su viva luz.

...Cuando decrece el flujo marino, o decae la llama, charcos brillantes, manchas de fuego, marcan el área invadida momentáneamente por el mar o el incendio. A medida, también, que la Hostia se recogía sobre sí misma, como una flor cierra su cáliz, algunos elementos refractarios del Universo quedaban tras ella, en las tinieblas exteriores. Algo los alumbraba todavía: pero era un alma de luz perversa, corrosiva y venenosa. Esos elementos rebeldes ardían como antorchas o enrojecían como brasas.

Escuché entonces que se cantaba el "Ave Verum".

...La Hostia blanca se había encerrado en su custodia de oro. Alrededor de ella, picando la obscuridad, se consumían unos cirios; y las lámparas del santuario lanzaban, por allí y por allá, su resplandor purpúreo.»

La custodia

Mientras hablaba mi amigo, mi corazón se ponía ardiente y mi espíritu se despertaba a una visión superior de las cosas. De manera confusa, distinguía que la multitud de evoluciones que nos parecía dividir el mundo es, en el fondo, la realización de un solo gran misterio y esta luz entrevista estremecía, no sé por qué, las profundidades de mi alma. Pero, demasiado acostumbrado a separar los planos y las categorías, me perdía en el espectáculo, todavía nuevo para mi espíritu novato, de un Cosmos donde el Divino, el Espíritu y la Materia se mezclaban tan íntimamente en sus dimensiones.

Viendo así que esperaba ansiosamente, mi amigo prosiguió:

«...La última historia que quiero contar es la de una experiencia por la cual pasé recientemente. Esta vez, usted verá, no se trata propiamente de una visión, sino de una impresión más general, que afectó y sigue afectando mi ser entero.

Ahí está.

En esta época, mi regimiento estaba en la línea sobre la meseta de Avocourt. El período de los ataques alemanes contra Verdun no había terminado aún, y la lucha continuaba siendo dura por el lado del Mosa. Entonces, como muchos sacerdotes lo hacen durante los días de batalla, portaba conmigo las Santas Especies, en una pequeña custodia en forma de reloj.

Una mañana, siendo la calma casi completa en las trincheras, me retiré a mi refugio; y ahí, en una suerte de meditación, mi pensamiento se posó muy naturalmente sobre el tesoro que cargaba, apenas separado de mi pecho por una delgada cubierta de plata bermeja. Muchas veces, antes, me había alegrado y nutrido de esa divina Presencia.

Esta vez surgió en mi un sentimiento nuevo que dominó pronto toda otra preocupación de recogimiento y de adoración. De repente tomaba conciencia de todo lo extraordinario y decepcionante que había en tener tan cerca de mí mismo la Riqueza del Mundo y la Fuente de Vida, sin poder poseerlas interiormente, sin lograr penetrarlas, ni asimilarlas. ¿Cómo era posible que Cristo estuviese a la vez tan cerca de mi corazón y tan distante? ¿Tan unido a mi cuerpo y tan distante de mi alma?

Tenía la impresión de que una inasequible e invencible barrera me separaba de Aquél que no podía sin embargo tocar más, ya que lo encerraba entre mis manos... Me irritaba tener mi Felicidad en una copita sellada. Me sentía como una abeja zumbando alrededor de un vaso lleno de néctar, pero cuidadosamente cerrado. Y apretaba nerviosamente la custodia contra mí, como si este esfuerzo instintivo pudiese hacer pasar un poco más Cristo en mí. Finalmente, sin aguantar más, habiendo llegado la hora en que, en reposo, tenía la costumbre de celebrar misa, abrí la custodia y comulgué.

...Sin embargo, me pareció que, en el fondo de mí, el pan que acababa de consumir, aunque devenido la carne de mi carne, estaba todavía fuera de mí...

Pedí entonces el auxilio de toda mi capacidad de recogimiento. Concentraba sobre la divina parcela el silencio y el amor crecientes de mis facultades. Me hice humilde sin límites, dócil, flexible como un niño, para no contrariar en nada los mínimos deseos del Huésped celeste y volverme imposible de distinguir de Él, por tanto unirme, mediante la obediencia, con los miembros que mandaba su alma. Purificaba sin cesar mi corazón, de manera de

volver mi interior siempre más transparente a la Luz que albergaba en mí.

¡Vanos y felices esfuerzos!

Siempre la Hostia estaba delante de mí, más lejos en la concentración y la realización de los deseos, más lejos en la permeabilidad del ser a las divinas influencias, más lejos en la limpidez de los afectos... Mediante el recogimiento y la depuración continua de mi ser, avanzaba indefinidamente en Ella, como una piedra se hunde en un abismo, sin lograr tocar el fondo. Por delgada que fuera la Hostia, me perdía en Ella, sin lograr agarrarla ni coincidir con Ella. ¡Su centro huía atrayéndome!

Ya que no podía agotar la profundidad de la Hostia, soñaba en estrecharla, por lo menos, por toda su superficie. ¿No era acaso bien unida y muy pequeña? Busqué entonces coincidir con Ella por fuera, amoldarme exactamente a sus contornos...

Un nuevo infinito ahí me esperaba, que frustró mi esperanza.

En cuanto quise envolver la Santa Parcela en mi amor, tan celosamente que adhería a Ella sin perder ni siquiera de su precioso contacto la dimensión de un átomo, ocurrió que se diferenciaba y se complicaba indefinidamente bajo mi esfuerzo. A medida que pensaba encerrarla, no era Ella que yo asía, sino alguna de las miles de creaciones en el seno de las cuales está encerrada nuestra vida: un sufrimiento, una alegría, un trabajo, un hermano a amar o a consolar...

Así, en el fondo de mi corazón, mediante una maravillosa sustitución, la Hostia se sustraía por su superficie, y me dejaba frente a todo el Universo, reconstituido en Ella misma, liberado de sus Apariencias...

Dejo de lado la impresión de entusiasmo que me causó esta revelación del Universo ubicado entre Cristo y yo como una magnífica presa.

Para volver a la impresión especial de «exterioridad» que había iniciado la visión, le diría solamente que entendí entonces qué invisible barrera se extendía entre la custodia y yo. De la Hostia que tenía entre mis dedos estaba separado por todo el espesor y la superficie de los años que me queda por vivir y divinizar.»

Aquí mi amigo vaciló un poco. Y añadió: «No sé por qué, tengo la impresión desde algún tiempo, cuando agarro una Hostia, que no hay, entre ella y yo, sino sólo una película apenas formada...»

«Siempre tuve, prosiguió, un alma naturalmente panteísta. De ello experimentaba las aspiraciones invencibles, nativas; pero sin osar utilizarlas libremente, porque no sabía conciliarlas con mi fe. Desde esas diversas experiencias (y otras más) puedo decir que hallé, para mi existencia, el interés inagotable y la inalterable paz.

Vivo en el seno de un Elemento único, centro y detalle de todo, amor personal y potencia cósmica.

Para alcanzarlo y fundirme en Él, tengo al Universo entero delante de mí, con sus nobles luchas, sus apasionantes investigaciones, sus miríadas de almas a perfeccionar y a curar. En plena labor humana, puedo y debo entregarme hasta perder el aliento. Más tomaré de mi parte, más pesaré sobre toda la superficie de lo Real, más también alcanzaré a Cristo y me acurrucaré contra Él.

Dios, el Ser eterno en Sí, está en todas partes, se podría decir, en formación para nosotros.

Y Dios también, es el Corazón de todo. Por lo que el vasto ambiente del Universo puede desaparecer, resecarse, o serme retirado por la muerte, sin que disminuya mi alegría. Disipado el polvo que se animaba de un halo de energía y de gloria, la Realidad sustancial permanecería intacta, donde toda perfección está contenida y poseída incorruptiblemente. Los rayos se replegarían en su Fuente: y ahí los tendría todavía todos abrazados.

Ahí está el por qué la Guerra misma no me desconcierta. Dentro de algunos días, nos lanzaremos para retomar Douaumont, gesta grandiosa, y casi fantástica, por lo cual será marcado y simbolizado un avance definitivo del Mundo en la Liberación de las almas. Se lo digo. Voy a ir a este asunto religiosamente, con toda mi alma, llevado por un solo impulso en el cual soy incapaz de distinguir dónde termina la pasión humana y dónde comienza la adoración.

...Y, si no debo bajar de allí arriba, quisiera que mi cuerpo quedase amasado en la arcilla de los fuentes, como un cimiento vivo echado por Dios entre las piedras de la Ciudad Nueva.»

Así me habló, una noche de octubre, mi amigo muy amado, aquel cuya alma comulgaba instintivamente con la Vida única de las cosas, y cuyo cuerpo descansa, tal como lo deseaba, en alguna parte alrededor de Thiaumont (granja vecina de Douaumont), en tierra silvestre.

Escrito antes del asunto de Douaumont Nant-le-Grand, 14 de octubre de 1916.

LA POTENCIA ESPIRITUAL DE LA MATERIA

Siguieron andando y hablando, y he aquí
que un carro de fuego con caballos de
fuego separó a uno de otro, y Elías
subía al cielo en el torbellino (2 Reyes 2,11).

El Hombre, seguido de su compañero, caminaba en el desierto, cuando la Cosa se abalanzó sobre él.

Desde lejos, se le había aparecido, muy pequeña, deslizándose sobre la arena, no más grande que la palma de la mano de un niño, una sombra rubia y huidiza, similar a un vuelo vacilante de codornices, en el alba, sobre el mar azul, o a una nube de mosquitos danzando a la tarde en el sol, o a un remolino de polvo corriendo al medio día sobre la llanura.

La Cosa parecía no preocuparse de los dos viajeros. Vagabundeaba caprichosamente en la soledad. Pero de repente, afirmando su carrera, vino de frente sobre ellos, como una flecha.

...Y entonces, el Hombre vio que el pequeño vaho rubio era solamente el centro de una realidad infinitamente más grande, que avanzaba incircunscripta, sin formas ni límites. Por más lejos que pudiera ver, la Cosa, a medida que se aproximaba, se desarrollaba con una velocidad prodigiosa, invadiendo todo el espacio. Mientras sus pies rozaban la hierba espinosa del torrente, su frente subía al cielo como una neblina dorada, tras la cual se enrojecía el sol. Y, todo alrededor, el éter, volviéndose vivo, vibraba de manera palpable, bajo la sustancia gruesa de las rocas y de las plantas, así como tiembla en verano el paisaje tras un suelo recalentado.

Lo que venía era el corazón en movimiento de una inmensa sutilidad.

El Hombre cayó con el rostro al suelo, puso sus manos sobre su cara, y esperó.

Un gran silencio se hizo alrededor suyo.

Y luego, bruscamente, un soplo ardiente pasó sobre su frente, forzó la barrera de sus párpados cerrados, y penetró hasta su alma.

El Hombre tuvo la impresión que cesaba de ser únicamente él mismo. Una irresistible embriaguez se apoderó de él como si la savia de toda vida, confluyendo en su corazón demasiado estrecho, recreara poderosamente las fibras debilitadas de su ser.

Y, al mismo tiempo, la angustia de un peligro sobrehumano le oprimía, el sentimiento confuso de que la Fuerza abatida sobre él era ambigua y turbia, esencia combinada de todo el Mal con todo el Bien.

El huracán estaba en él.

Ahora bien, en el fondo de su ser que había invadido, la Tempestad de vida, infinitamente dulce y brutal, murmuraba en el único punto secreto del alma que no quebrantó del todo:

-Tú me llamaste, aquí estoy. Echado por el Espíritu fuera de los caminos seguidos por la caravana humana, osaste enfrentar la soledad virgen. Cansado de abstracciones, de atenuaciones, del verbalismo de la vida social, tú quisiste medirte con la Realidad entera y salvaje.

-Me necesitabas para crecer; y yo te esperaba para que me santifiques.

-Desde siempre me deseabas sin saberlo; y yo te atraía.

-Ahora estoy sobre ti por la vida o por la muerte. Imposible para ti retroceder; volver a las satisfacciones comunes y a la adoración tranquila. Quien me ha visto una vez no puede olvidarme: se condena conmigo o me salva con él.

-¿vienes?

-¿Oh divina y poderosa, cuál es tu nombre? Habla.

-Soy el fuego que arde y el agua que derrama, el amor que inicia y la verdad que pasa. Todo aquello que se impone y se renueva, todo lo que desata y todo lo que une: Fuerza, Experiencia, Progreso, la Materia, soy Yo.

Porque, en mi violencia, me ocurre matar a mis amantes, porque quien me toca nunca sabe qué potencia va a desatar, los sabios me temen y me maldicen. Me desprecian en palabras, como una mendiga, una bruja o una prostituta. Pero sus palabras están en contradicción con la vida, y los fariseos que me condenan languidecen en el espíritu en el cual se confinan. Mueren de inanición, y sus discípulos los abandonan, porque soy la esencia de todo lo que se toca, y los hombres no pueden ignorarme.

Tú que entendiste que el Mundo -el Mundo amado de Dios- tiene, más todavía que los individuos, un alma por rescatar, abre ampliamente tu ser a mi inspiración; recibe el Espíritu de la Tierra a salvar.

La Palabra suprema del enigma -la palabra deslumbrante inscrita sobre mi frente y que ahora en adelante- te quemará los ojos, aún cerrándolos, ahí está: "Nada es tan valioso como lo que eres tú en los demás, y los demás en ti. Arriba, ¡todo es uno solo! Arriba, ¡todo es uno solo

Vamos, ¿no sientes mi soplo que te desarraiga y te lleva?... De pie, Hombre de Dios, y apúrate. Según la manera como uno se entrega, el torbellino arrastra dentro de las profundidades oscuras o eleva hasta el azul de los cielos. Tu salvación y la mía dependen de este primer instante.

-Oh Materia, ves, mi corazón está temblando. Ya que eres tú, dime, ¿qué quieres que haga?

-¡Arma tu brazo, Israel, y lucha audazmente contra mí!»

El soplo, insinuándose como un filtro, se había vuelto provocador y hostil. Llevaba ahora en sus pliegues un acre olor a batalla...

Olor aleonado de los bosques, febril atmósfera de las ciudades, siniestro y embriagante perfume que emana de los pueblos en guerra.

Todo ello rodaba en sus pliegues humo recogido en las cuatro esquinas de la tierra.

El Hombre, todavía prosternado, se sobresaltó, como si hubiera sentido la espuela. De un salto, se paró, frente a la tempestad.

Toda el alma de su raza acababa de estremecerse, recuerdos oscuros del primer despertar en medio de las fieras más fuertes y mejor armadas, eco doloroso de los largos esfuerzos para amansar el trigo y apoderarse del fuego, miedo y rencor ante la Fuerza dañina, codicia de saber y de tener...

Hace un instante, en la suavidad del primer contacto, hubiera deseado instintivamente perderse en el cálido aliento que lo envolvía.

He aquí que la onda de beatitud casi disolvente se había mudado en una áspera voluntad de ser más.

El Hombre había olfateado la enemiga y presa hereditaria.

Arraigó los pies en el suelo, y empezó a luchar.

Luchó primero, para no ser llevado; y luego, luchó por la alegría de luchar, para sentir que era el más fuerte. Y, más luchaba, más sentía un exceso de fuerza salir de él para equilibrar la tempestad; y de ésta, en compensación, un efluvio nuevo emanaba, que pasaba, ardiendo, a sus venas.

Como el mar, ciertas noches, se ilumina alrededor del nadador, y mejor brillan sus pliegues cuanto los miembros robustos la mueven con más vigor, así la potencia oscura que combatía al hombre se irradiaba de mil fuegos alrededor de su esfuerzo.

Por un esfuerzo mutuo de sus poderes opuestos, él, exaltaba su fuerza para dominarla, y ella, revelaba tesoros para entregárselos.

«Mójate en la Materia, Hijo de la Tierra, báñate en sus capas ardientes, porque es la fuente y la juventud de tu vida.

¡Ah! ¡Creías poder obviarla, porque el pensamiento se prendió en ti! Esperabas estar más cerca del Espíritu en cuanto rechazaras más cuidadosamente lo que se toca, más divino si vivieras en la idea pura, más angelical, al menos, si tú huyeras de los cuerpos.

¡Ahí bien! ¡Casi desfalleciste por hambre!

Necesitas aceite para tus miembros, sangre para tus venas, agua para tu alma, lo Real para tu inteligencia; lo precisas por la ley misma de la naturaleza, ¿lo entiendes?...

Jamás, jamás, si tú quieres vivir y crecer, podrás decir a la Materia: "Ya te vi lo suficiente, di la vuelta a tus misterios, saqué de allí como para nutrir para siempre mi pensamiento". Aún, entiendes, como el Sabio de los Sabios, llevarías en tu memoria la imagen de todo aquello que puebla la Tierra o nada bajo las aguas, esta Ciencia sería como nada para tu alma, porque todo conocimiento abstracto es ser marchitado; porque, para comprender el Mundo, saber no basta: hay que ver, tocar, vivir en la presencia, beber la existencia muy cálida en el seno mismo de la Realidad.

Entonces, no digas jamás, como algunos: "¡La Materia está usada, la Materia está muerta!" Hasta el último momento de los Siglos, la Materia será joven y exuberante, centelleante y nueva para quien quiera.

No repitas tampoco: "¡La Materia está condenada, la Materia es mala!" Alguien vino y dijo: "Beberán el veneno y no les hará daño".

Y otra vez: "La vida saldrá de la muerte", y finalmente profiriendo la palabra definitiva de mi liberación: "Este es mi Cuerpo".

No, la pureza no está en la separación, sino en una penetración más profunda del Universo. Está en el amor de la única Esencia, incircunscripta, que penetra y trabaja toda cosa, por adentro, más lejos que la zona nueva donde se agitan las personas y los números. -Está en un casto contacto con lo que es 'lo mismo en todos'.

Oh, ¡qué bello es el Espíritu elevándose, todo adornado de las riquezas de la Tierra!

Báñate en la Materia, hijo del Hombre.

¡Húndete en ella, allá donde es más violenta y profunda! ¡Lucha en su corriente y bebe su onda! ¡Ella es la que meció antaño tu inconsciencia; ella es la que te llevará hasta Dios!».

El Hombre, en medio del huracán, volteó su cara buscando ver a su compañero.

Y, en ese momento, se percató de que, detrás de él, por una extraña metamorfosis, huía y se engrandecía la Tierra.

La Tierra huía, ya que aquí, justo por debajo de él, los vanos detalles del suelo disminuían y se derretían; sin embargo, se engrandecía, va que allá, a lo lejos, el círculo del horizonte subía, subía sin cesar...

El Hombre se vio en el centro de una copa inmensa, cuyos bordes se cerraban sobre él.

Entonces, la fiebre de la lucha dando lugar, en su corazón, a una irresistible pasión de sufrir, descubrió, en un relámpago, en todas partes presente a su alrededor, lo Único Necesario.

Entendió, para siempre, que el Hombre, como el átomo, no vale sino por la parte de sí mismo que pasa en el Universo.

Vio, con una evidencia absoluta, la vacía fragilidad de las más bellas teorías comparadas con la plenitud definitiva del menor hecho, tomado en su realidad concreta y total.

Contempló, con una claridad despiadada, la risible pretensión de los humanos de arreglar el Mundo, de imponerle sus dogmas, sus medidas y sus convenciones.

Saboreó, hasta la náusea, la trivialidad de sus alegrías y de sus penas, el mezquino egoísmo de sus preocupaciones, la sosería de sus pasiones, la atenuación de su potencia en sentir.

Tuvo piedad de aquellos que se espantan delante de un siglo, o que no saben amar más allá de un país.

Tantas cosas que le habían turbado o revuelto antes, los discursos y los juicios de los doctores, sus afirmaciones y sus defensas, su interdicción al Universo de moverse...

...Todo ello le pareció ridículo, inexistente, comparado con la realidad majestuosa, chorreando de Energía que se revelaba a él, universal en su presencia, inmutable en su verdad, implacable en su desarrollo, inalterable en su serenidad, maternal y segura en su protección.

Había entonces hallado, ¡por fin! un punto de apoyo y un recurso fuera de la sociedad!

Un pesado telón cayó sobre sus hombros y se deslizó tras él: el peso de lo que hay de falso, estrecho, tiránico, artificial, humano en la Humanidad.

Una onda de triunfo liberó su alma.

Y sintió que nada en el Mundo, desde ahora, podría despegar su corazón de la Realidad superior que se le develaba, nada; ni los hombres en lo que tienen de intrusivo e individual (porque los despreciaba así), ni el Cielo y la Tierra en su altura, su anchura o su profundidad, su potencia, (ya que es a ellas precisamente que se dedicaba para siempre).

Una renovación profunda acababa de operarse en él, tal que no le era más posible, ahora, ser Hombre solo en otro plano.

Cuando, ahora, volviera a bajar sobre la Tierra común, aún fuera cerca de su fiel compañero que permanecía postrado, allá, en la arena del desierto, sería en adelante un extraño.

Si, de ello era consciente: hasta para sus hermanos en Dios, mejores que él, hablaría invenciblemente desde ahora un idioma incomprensible, él a quien el Señor había decidido hacer tomar la ruta del fuego. Hasta para aquellos que más amaba, su afecto sería una carga, ya que lo sentirían buscar invenciblemente algo tras ellos.

Porque la Materia, rechazando su velo de agitación y de multitud, le había descubierto su gloriosa unidad, entre los demás y él había ahora un caos. Porque le había destacado para siempre su corazón de todo lo que es local, individual, fragmentario, ella sola, en su totalidad, sería en adelante para él su padre, su madre, su familia, su raza, su única y ardiente pasión.

Y nadie en el mundo podría nada contra ello.

Desprendiendo decididamente su mirada de lo que huía, se abandonó, en una fe desbordante, al sople que arrastraba el Universo.

He aquí que en el seno del torbellino una luz crecía, que tenía la suavidad y la movilidad de una mirada... Un calor se difundía que no era más la dura irradiación de un fuego, sino la rica emanación de una carne... La inmensidad ciega y salvaje se volvía expresiva, personal. Sus capas amorfas se doblaban según los rasgos de un inefable rostro.

Un Ser se dibujaba en todas partes, atrayendo como un alma, palpable como un cuerpo, amplio como el cielo, un Ser mezclado con las cosas aunque distinto de ellas, superior a la sustancia suya y con la cual se envolvía, y sin embargo tomando figura en ellas...

El Oriente nació en el corazón del Mundo.

Dios irradiaba a la cima de la Materia cuyas ondas le traían el Espíritu.

El Hombre se arrodilló en el carro de fuego que lo llevaba. Y dijo esto:

HIMNO A LA MATERIA

«Bendita seas, áspera Materia, gleba estéril, dura roca, tú que cedés sólo a la violencia, y nos obligas a trabajar si queremos comer.

Bendita seas, peligrosa Materia, mar violento, indomable pasión, tú que nos devoras, si no te encadenamos.

Bendita seas, poderosa Materia, Evolución irresistible, Realidad siempre naciente, tú que haciendo estallar a cada momento nuestros cuadros, nos obligas a proseguir siempre más lejos la Verdad.

Bendita seas, universal Materia, Duración sin límites, Éter sin orillas, Triple abismo de las estrellas, los átomos y las generaciones, tú que desbordando y disolviendo nuestras estrechas medidas nos revelas las dimensiones de Dios.

Bendita seas, impenetrable Materia, tú que, tendida en todas partes entre nuestras almas y el Mundo de las Esencias, nos haces languidecer del deseo de romper el velo sin costura de los fenómenos.

Bendita seas, mortal Materia, tú que, disociándote un día en nosotros, nos introducirás, a la fuerza, en el corazón mismo de lo que es.

Sin ti, Materia, sin tus ataques, sin tus desgarramientos, viviríamos inertes, estancados, pueriles, ignorantes de nosotros mismos y de Dios. Tú que lastimas y tú que curas. tú que resistes y tú que te doblas, tú que revuelves y tú que construyes, tú que encadenas y tú que liberas, Savia de nuestras almas, Mano de Dios, Carne de Cristo, Materia, te bendigo.

Yo te bendigo, Materia, y te saludo, no tal como te describen, reducida o desfigurada, los pontífices de la ciencia y los predicadores de la virtud, un revoltijo, dicen, de fuerzas brutales o de bajos apetitos, sino tal como te me apareces hoy en día, en tu totalidad y en tu verdad.

Te saludo, inagotable potencia de acercamiento y unión, por donde se vincula la multitud de las mónadas y donde convergen todas las rutas del Espíritu.

Te saludo, fuente armoniosa de las almas, cristal límpido de donde nace la Jerusalén nueva.

Te saludo, Medio divino, cargado de Poder Creativo, Océano agitado por el Espíritu, Arcilla amasada y animada por el Verbo encarnado.

Creyendo obedecer a tu irresistible llamada, los hombres se precipitan muchas veces por amor a ti en el abismo exterior de gozos egoístas.

Un espejismo les engaña, o un eco.

Ya lo veo ahora.

Para alcanzarte, Materia, tenemos que, partiendo de un universal contacto con todo lo que se mueve aquí abajo, sentir poco a poco desvanecerse entre nuestras manos las formas particulares de todo lo que tenemos, hasta que permanezcamos frente a la única esencia de todas las circunstancias y de todas las uniones.

Tenemos que, si queremos tenerte, sublimarte en el dolor luego de haberte voluptuosamente abrazado.

Tu reinas, Materia, en las alturas serenas donde imaginan evitarte los Santos, Came tan transparente y tan móvil que no te distinguimos más que un espíritu.

Llévame arriba, Materia, mediante el esfuerzo, la separación y la muerte, ¡llévame allá donde será posible, por fin, abrazar castamente el Universo!»

Abajo, en el desierto vuelvo a la tranquilidad, alguien lloraba: “Padre mío, ¿cuál viento loco se lo llevó?”. Y en el piso yacía un abrigo.

Nota:

1. Panteísta: etimológicamente “En pási théos”, es decir, según la expresión de San Pablo: D/os todo en todos.